

## El camino de la conciencia hacia la psique imaginal

M. Teresa Rodríguez Álvarez

Otoño 2008

Solemos creer que el mundo en que vivimos está compuesto de cuerpos físicos individuales (animados e inanimados), cuyos límites están clara y netamente definidos. Nuestros cinco sentidos parecen confirmar que, por lo menos a nivel físico, nos hallamos separados de todo lo que podemos observar. Por otra parte, esta diferencia entre nosotros y los demás o entre nosotros y el resto del universo parece ratificar nuestra soberanía, autonómica y singularidad. No obstante, los datos que nos proporciona la investigación sobre la conciencia parecen señalar, por el contrario, que las fronteras físicas son más ilusorias que reales. Deberíamos, por lo tanto, comenzar a poner en tela de juicio la realidad de las fronteras que percibimos entre nosotros y el universo y empezar a considerar que quizás se trate de una construcción de nuestra mente.

Albert Einstein se refería al mismo tema del siguiente modo: *“El ser humano forma parte de una totalidad, llamada por nosotros **Universo**, una parte limitada en el tiempo y en el espacio. Cada ser humano se experimenta a sí mismo, a sus pensamientos y a sus sentimientos como algo separado del resto en una especie de ilusión óptica de la conciencia”*.

*“Dondequiera que miremos, decía el filósofo Jan Smuts, nos vemos más que totalidades. Totalidades jerárquicas que forman parte de totalidades mayores, integradas, a su vez, en totalidades superiores. Campos dentro de campos que, a su vez, están incluidos dentro de otros campos, extendidos a través de todo el cosmos, entrelazando entre sí todos y cada una de las cosas”*. Además, añade, *“el cosmos no es perezoso, sino energéticamente dinámico, e incluso creativo”*.

Siguiendo esta línea de pensamiento podríamos decir, que dado que la mente (o el psiquismo), forma parte del cosmos, en la misma mente, podemos hallar la misma disposición jerárquica de totalidades dentro de totalidades, algo así como “un mapa mandálico de la conciencia”. En términos generales, esto es precisamente lo que ha descubierto la moderna psicología. El desarrollo psicológico procede desde un estado de globalización relativa e indiferenciada hacia otro de mayor diferenciación, articulación e integración jerárquica. Donde cada capa es más abarcadora e integradora que la precedente. Por todo esto, podríamos concluir diciendo que es muy probable que el psiquismo, al igual que la totalidad del cosmos, esté compuesto de múltiples capas (sea pluridimensional) y englobe totalidades, unidades e integraciones.

La evolución holística de la naturaleza, que produce por doquier totalidades cada vez mayores, se manifiesta en el psiquismo humano como desarrollo y crecimiento. El crecimiento de una persona desde la infancia hasta la madurez no es más que una

versión miniaturizada de la evolución cósmica o, como también podríamos decir, que el crecimiento o desarrollo psicológico humano es un simple reflejo microcósmico de un crecimiento universal global.

Por lo tanto, en el desarrollo psicológico, la evolución de la conciencia tiene lugar de un modo tal, que la totalidad de cualquier nivel se convierte en una mera parte de la totalidad propia del nivel superior, que a su vez, no es más que una pequeña parte del siguiente nivel (lo que Koestler llamaba “holon”, una entidad que, mirando hacia abajo, es una totalidad y mirando hacia arriba es tan sólo una parte).

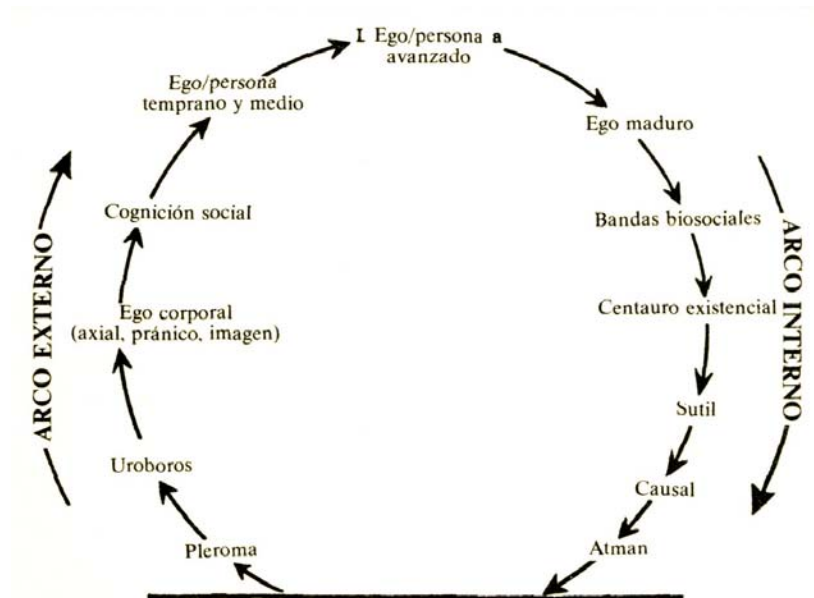
En general, la moderna psicología, se ha dedicado a investigar y a explicar los distintos niveles, etapas y extractos de la constitución humana: conducta, cognición, personalidad, psicosexualidad, carácter, conciencia, relaciones objetales etc. En este punto podemos preguntarnos: ¿Cuál es la naturaleza de algunas de las etapas superiores del desarrollo? ¿Qué tipo de unidad se manifiesta en las almas más evolucionadas de la especie humana?

En términos generales, todos sabemos que las etapas y niveles “inferiores” del psiquismo son predominantemente instintivos e impulsivos. También sabemos que algunos de sus estadios intermedios son adaptados a la sociedad, mentalmente ajustados, egoicamente integrados, sintácticamente organizados y conceptualmente avanzados. Pero ¿cómo son las etapas superiores? ¿Acaso constituye el “ego integrado”, o el “individuo autónomo” la meta superior de la conciencia de los seres humanos? El ego individual es una unidad maravillosa de orden superior pero, comparada con la Unidad del cosmos en su conjunto, no es más que un insignificante fragmento de la realidad total.

Posiblemente, como afirma el estudio de Maslow, dispongamos ya de ejemplos claros de personas sumamente desarrolladas y evolucionadas, los grandes sabios y místicos del planeta. Supongamos, que esos hombres representan la etapa superior del desarrollo de la humanidad, un estado tan alejado de la humanidad promedio como ésta de los simios. Si esto fuera así, tendríamos una muestra aproximada del “estado supremo de la conciencia”, una especie de “estado superconsciente”. La pregunta es: ¿Cómo avanzar hacia esos niveles superiores del desarrollo de la conciencia? Gran parte de los místicos-sabios que existieron a lo largo de los tiempos, nos han dejado un registro detallado de las distintas etapas por las que fueron atravesando en sus propias transformaciones, hacia las regiones superiores de la conciencia, permitiéndonos de ese modo, hablar no sólo del nivel de conciencia superior, sino también de todos los niveles intermedios que nos conducen a él. Si unimos a este conocimiento el minucioso estudio que realiza la psicología occidental sobre las etapas inferiores e intermedias, dispondremos de un modelo global y equilibrado del espectro de la conciencia humana.

Dice Ken Wilber, que al juntar todas las etapas y niveles de la evolución de la conciencia obtenemos algo parecido a un *ciclo vital global*. Además suponiendo que las etapas superiores sean reales, dicho ciclo avanza desde el subconsciente (instintivo, e impulsivo), a la autoconciencia (egoica, conceptual y sintáctica), hasta la

superconciencia (trascendente, transpersonal y transtemporal). Además Wilber divide dicho ciclo en dos mitades: el Arco Externo, o paso del subconsciente a la autoconciencia, que denomina el camino de la búsqueda, caracterizado por la autoafirmación, y el Arco Interno, o paso de la autoconciencia a la superconciencia, llamado Camino de Retorno, y se caracteriza por su creciente autocomprensión.



El ciclo completo de la vida

Cuando la conciencia comienza a trascender la mente egoica verbal, puede integrar (más o menos por primera vez) todos los niveles inferiores a ella. Esto ocurre gracias a que la conciencia ha dejado de identificarse con cualquiera de esos niveles. Esta etapa se conoce con diferentes nombres: “integración de todos los niveles inferiores” (Sullivan, Grant), “autoactualizada” (Maslow), “autónoma” (Fromm), “la mente y el cuerpo son ambas experiencias de un yo integrado” (Broughion), “centauro” (Ken Wilber).

En su conjunto, se puede decir que al establecerse en este nivel, los principales elementos de la personalidad tienden a armonizarse, se entra en una etapa que se describe de: autonomía, integración, autenticidad o autoactualización, y constituye el ideal de las terapias humanístico-existenciales, siendo la etapa “suprema” a la que la psicología occidental ortodoxa aspira.

Rollo May, habla de que en esta etapa, el cuerpo se mueve como un todo, y la experiencia se caracteriza por su relajación y cualidad abierta e imaginativa (*voluntad espontánea*). Es interesante puntualizar que, en términos generales May equipara la voluntad espontánea del yo total, a lo que los existencialistas llaman *intencionalidad*, razón por la cual, afirma que la intencionalidad “es el vínculo ausente entre la mente y el cuerpo”. Es decir incluye tanto la volición (cinestésica) como el conocimiento (cognitivo). Ken Wilber, denomina al aspecto cognitivo de la intencionalidad proceso de *visión-imagen o fantasía superior*.

*“La imaginación es la sede de la intencionalidad”. O, mejor dicho, “la intencionalidad es una atención imaginativa que sostiene nuestras intenciones e informa nuestras acciones.” R. May.*

La intencionalidad es pues, la voluntad espontánea del cuerpo-mente centauro y la visión-imagen o fantasía superior su lenguaje. Vemos así, en esta etapa del desarrollo de la conciencia la emergencia de un principio destinado a tener una importancia extraordinaria para asimilar los niveles superiores del ser y la conciencia.

Es necesario marcar la diferencia entre este proceso de fantasía superior y el proceso infantil primario, éste es preverbal y preconceptual, es un deseo primitivo, íntimamente vinculado a las simples necesidades e impulsos instintivos, emocionales y de energía vital, con su fantasía del “pecho”, “anal” y “fálica”, deseos de poder y motivos de incesto/castración, etc. El proceso está vinculado al cuerpo y ha sido ampliamente estudiado y elaborado por el psicoanálisis.

La fantasía superior o imaginación de la etapa del centauro precede al lenguaje, pero no es preverbal, sino transverbal, es decir, estructuras profundas preverbales dan lugar a estructuras verbales, que a su vez dan lugar a estructuras transverbales. El individuo ha completado la formación del lenguaje y del pensamiento conceptual; ha transformado los deseos infantiles en formas más sociales y el proceso actual de imaginación no es un medio de regresar a las fantasías preverbales, sino un modo de contactar realidades transverbales. Sirve como transición (y símbolo de transformación) del reino existencial al transpersonal.

Jung, también habla del papel unificador del proceso de la fantasía superior o imaginación y dice: *“La imagen es una expresión concentrada de la situación psíquica total y no sólo, ni siquiera preeminentemente, de contenido inconsciente única y exclusivamente”*. Por lo tanto para Jung, la imagen compleja, que también se denomina fantasía superior o visión-imagen, es una expresión del ser total, incluidos tanto los aspectos conscientes como los inconscientes.

*El pensamiento simbólico (escribe Mircea Eliade), no es privilegio exclusivo del niño, del poeta o de la mente desequilibrada, es consustancial con la existencia humana y precede al lenguaje y a la razón discursiva. El Símbolo revela ciertos aspectos de la realidad (los más profundos), que eluden toda otra forma del conocimiento. Las imágenes, los símbolos y los mitos no son creaciones irresponsables de la psique, sino que responden a la necesidad de cumplir una función, que consiste en iluminar las modalidades más ocultas del ser.*